

mente puebla nuestros ríos; esto no sabemos si se ha hecho nunca, pero es difícilísimo el hacerlo. Habría que destruir toda la fauna acuícola de toda la cuenca fluvial del Oria, Urola, etc. La trucha común es canibal y se come a la "arco-iris", mientras ésta es joven.

Parece, por todo ello, que, por ahora, nuestras sociedades de pescadores fluviales deberán pensar en una repoblación a base de trucha común del país, que, guardando bien cuantas precauciones y medidas sean necesarias para al éxito de la repoblación artificial del río, será la que más garantías presenta.

Reflexiones del remanso

por

Antonio M.^a Labayen

He sido lo menos pescador que puede imaginarse. Sea por carencia de maña o aptitud para este deporte, por falta de estímulo familiar o a, causa de mi idiosincrasia personal, lo cierto es que nunca sentí afición a la caña y al anzuelo, a la red o a otras artes pesqueras.

En mis años juveniles, habiendo crecido en edad y en malicia, acompañé alguna vez durante las vacaciones estivales a amigos que organizaban ya partidas furtivas de pesca, que consistían en andar metidos en las regatas del pueblo y mojándose lo que ustedes se figuran en pescar con redes o a mano las truchas previamente aisladas en pozos y canales.

Otro de los recuerdos pesqueros que conservo es el de los cordeles que un "hombre" de nuestra calle se dedicaba a colocar al anochecer en determinados sitios del río Oria cercanos al casco del pueblo. Ponía los cordeles al anochecer sigilosamente; y muy de mañana al día siguiente iba a recogerlos. Alguna vez, en atención a nuestra vecindad, nos permitió acompañarle y no dejaba de asombrarnos la facilidad con que pescaba cantidad de anguilas.

No me entusiasmé, pues, entonces con la pesca fluvial única que conocía. Y mi desvío se hizo definitivo cuando veía el río lleno de cadáveres de loinas y barbos tripa arriba. ¡Oh, exigencias del industrialismo!

Se podía decir que la pesca había desaparecido. Pero los pescadores de caña, verdaderos Quijote de ribera, seguían esgrimiendo sus cañas, a modo de ideales lanzas, con obstinación. Obligados a pescar cada vez más arriba en riachuelos lejanos, a muchas horas de camino de sus casas, en las más apartadas cuencas y vertientes.

En la nuestra ya no quedan, río abajo, más pescadores que los "arrantzales" de Orio, que alternan sus arriesgadas campañas marinas con sus tranquilas excursiones fluviales nocturnas a la pesca de la angula en cedazo. Es casi un remanso en la vida del pescador marino el remontar el río las noches sin luna hasta donde llega la marea.

¡Anguilas del río Oria: Más fácil os ha sido atravesar el Océano partiendo de las Bermudas, que no aventuraros en las aguas negras de los ríos industriales!

Pero volvamos a nuestros deportistas pescadores de caña. El aumento de éstos ha traído paradójicamente la repoblación de nuestros esquilados ríos. Ese entusiasmo característico de los idealistas de las nobles causas, ha realizado el milagro de crear piscifactorías, fomentar la reproducción de moluscos y cebos naturales en los lechos de nuestras regatas, multiplicar los gusanos y mosquitos, conservando el arbolado en las márgenes. Por eso hay que considerar a la pesca de la caña como actividad benéfica, merecedora de todos los apoyos y solicitudes

Su importancia se me apareció cuando al viajar por tierras extranjeras vi la cantidad de adeptos que tienen en todas paries; el sinnúmero de cañas, que especialmente las domingos y días festivos, se inclinan a lo largo de los rías de la vieja Europa.

Es un deporte que se ha convertido en algo trascendente y tiene su reflejo en la literatura.

Ningún libro como el famoso de Izaak Walton "The compleat angler" (El perfecto pescador) me ha hecho comprender el hondo significado del deporte de la caña y la pasión que por él se siente.

El clásico breviario del pescador de caña ha merecido incontables ediciones y versiones en muchos idiomas y procede que digamos unas palabras de su autor y glosemos su contenido.

Izaak Walton nació en Stafford cerca de Londres, en 1593 y murió en 1683.

Honrado comerciante de la City, ocupó también cargos administrativos y tuvo amistad con eclesiásticos y hombres distinguidos de la épocas.

Aficionado a la literatura, publicó en 1653 su "Compleat Angler", que pronto se hizo popular. Su autor pasó días muy felices pescando en las inmediaciones de Londres y quiso hacer conocer a los demás mortales sus afortunadas experiencias y hacerles gustar las delicias de tan sano deporte. Esto significa el "Perfecto pescador de caña", que, como dice un crítico, refleja el carácter del que lo escribió, como el remanso refleja la cara del pescador que sabre él se sitúa. No es un tratado científico, pero además de las adver-

tencias y observaciones prácticas que contiene, tiene un encanto inocente que no se marchita a pesar de los años. Es una obrita joven y entusiasta, como su autor, quien conservó estas dotes hasta los noventa años en que murió. Y es la única que ha alcanzado fama entre las varias que escribió.

En forma dialogada, unos personajes alegóricos, como es corriente en los clásicos, van cantando las excelencias de sus respectivas predilecciones. Particularmente, la discusión gira en torno a la caza y a la pesca; entre Venator y Piscator. Pone en boca de éste Walton las excelencias de la pesca y el elogio del agua, más productiva que la tierra. La pesca con caña, dice Piscator, es una especie de poesía cuyos títulos de antigüedad y nobleza expone con textos de la sagrada Biblia y con versos y aleluyas de los autores clásicos.

Pero en todas sus recomendaciones flota, cual corcho de aparejo, un humorismo inglés algo malicioso, que se complace en hacer picar como un barbo al ingenuo lector-pescador que crea al pie de la letra sus fórmulas de taumaturgo de la caña y el anzuelo.

Aunque el pescador actual considere con excecpticismo las recetas y sentencias de Walton, divierten por sus pintorescos detalles y amenidad.

“No hay vida tan feliz y agradable como la del pescador de caña”, afirma. Compadece a los abogados y gobernantes, abrumados por los problemas de la paz y del orden social, mientras “nosotros nos sentamos en esta ribera delante de esta corriente plateada, en una calma silenciosa”.

“Así Dios (si oso juzgar), no hizo un recreo tan tranquilo y gustoso como la pesca”. Leyendo esto se comprende el culto que especialmente en los países anglo-sajones rinden hombres eminentes, agobiados por preocupaciones profesionales y cargos de máxima responsabilidad, a la pesca y a su poder sedativo. No nos extraña que Chamberlain, después del histórico “Munich” se fuese derecho a Escocia a pescar salmones y a sosegar sus fatigados nervios.

Seguramente que Chamberlain fué un buen discípulo de Walton, cuyo libro llevaría en el bolsillo.

No todas las recetas de Mr. Walton merecen igual crédito; y hasta uno sospecha si el bueno de Izaak, tan excelente pescador como humorista, no se pasa de la raya gastando bromas a sus imitadores.

Aquella de colocar “los gusanos, en una cajita con aceite de baya o pepita de yedra, cuyo olor los convierte en cebo infalible para pescar salmones”; u otras parecidas, en las que el mágico ungüento

es a base del aceite de roble, Polipody, esencia de trementina y miel... huelen a pitorreo.

Lo mismo piensa uno de sus alardes de erudición cuando cita a Bacon y a su Historia Natural y apoya sus asertos con textos de Jovius, Dubravius y Randalsetius, que son una tomadura de pelo a sus lectores.

“Piscator, fuge, ne nocens”

Pero las noticias que nos da acenca de diferentes aspectos de la pesca, no pueden ser más interesantes.

Así nos informa que la “hueva de la carpa la venden en Italia a los judíos, que la convertían en caviar”. Resulta que los judíos no pueden comer el legítimo caviar de esturión, por ser pez que necesita escamarse, como aparece en el “Levitico” y es reputado impuro. Creo que el escamado es el lector al leer cosas tan pin-tiorescas.

Llega en su hiperbólico elogio a la pesca, a afirmar que no envidia ni al que come carne, ni al rico, ni al que lleva mejores ropas, sino tan sólo a aquel que pesque más que él.

Hay que permitirle estos desahagos en atención a todo lo que nos enseña y alecciona en torno a su deporte favorito y a la forma de preparar cebos, moscas, gusanos, cañas y anzuelos. No contento con esto, hasta nos da instrucciones para condimentar el pescado cobrado. Se ve que era un hombre alegre, amigo del buen vivir, aunque, según confiesa, más aficionado al canto y a la amistad que a la buena mesa”.

“It is merry in Hall
when men sing all”.

¡Qué alegría cuando todos cantan a coro! Por eso intercala en su libro, anotado musicalmente, “el canto del pescador”.

Son muy instructivos los capítulos que dedica a la descripción y pesca de las diferentes variedades de peces fluviales o mixtos. Empezando por los más nobles y apreciados, como el salmón y la trucha y siguiendo con el sargo, la tenca, el lucio, el gubio, la carpa, el barbo, la anguila, el escarcho (1), albur, sario, espinenque... y otras especies para mí desconocidas.

Los últimos capítulos los dedica a los ríos, especialmente al Tames y al Sis, que forman luego el gran río londinense, y a una mención de los estanques. Termina el libro con un discurso final a modo de post-scriptum, sobre las leyes de la pesca.

(1) No podemos menos de recordar la contribución que nuestro precursor y maestro, el gran Teleforo de Aranzadi, aportó con su trabajo: “Nombres de peces en euskera”, aparecido en el tomo XXIV de la R. I. E. V.

El tratado de Walton no es ciertamente una obra de ciencia, pero a pesar de su carácter anecdótico, no deja de tener una honda significación para la vida moderna. Técnicamente, muchos de los actuales pescadores son sin duda más expertos y están mejor pertrechados que aquél. No hay sino admirar las elegantes y prácticas cañas con mango de corcho, los carretes, aparejos, hilos de nylon y las botas y pantalones de caucho que hoy se emplean. La lección principal que quisiera llevar al ánimo del paciente lector, es la de considerar que un país super-saturado de civilización utilitaria, como el nuestro, le es imprescindible un contrapeso, cual el que se desprende del Perfecto Pescador de Caña, de Walton.

En este siglo XX ha llegado nuestro país, en particular Guipúzcoa y Vizcaya, a una industrialización tan extremada, que se impone un alto en la marcha, una reglamentación severa y eficaz de nuestras actividades fabriles destructoras de nuestras riquezas naturales. Es preciso que reflexionen sobre el particular nuestros órganos representativos. Y que a la reflexión siga una acción inmediata. Ninguna entidad tan llamada a actuar en esta materia como la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, que fué le que impulsó a fines del siglo XVIII nuestro progreso industrial y cultural. Por dura que sea hoy la lucha por la existencia, el espíritu de lucro no puede primar sobre todo. Hay otros valores íntimos que son tan indispensables para todo pueblo civilizado.

Pase que nos resignemos a no contemplar truchas y salmones bajo los arcos de nuestros puentes, como lo hacían nuestros padres.

Pero algo, puede salvarse y debe conservarse, reservando ciertas zonas de nuestros ríos para la proliferación de dichas especies (2).

La mancha industrial va invadiendo sin orden ni concierto nuestros más apartados valles. El día que no nos queden ni tierras de labor ni agua limpia, ni árboles frondosos, y en el que los prados y campos cercanos a nuestros pueblos se llenen de polvo y carbónilla en vez de flores; si estamos esperando el momento en que no viva un pez en nuestros ríos, ni haya pájaros en nuestros campos y en el que ni las golondrinas ni otras aves de paso se dignen visitarnos, ese día, por mucha prosperidad material que tengamos, habrá que pensar en emigrar, porque nuestra tierra se convertirá en inhabitable.

(2) Cuenta la Historia que don Iñigo Velez de Guebara, señor de Oñate, tuvo hace siglos la pretensión de pescar él solo en el río de su feudo, No prosperó el intento por la actitud enérgica de los oñatiarras. Si nuestros antepasados reaccionaron tan eficazmente contra el pretendido exclusivismo individualista, ahora hay que imponerse con igual energía al nihilismo destructor de la época.

Para evitarlo nos hace falta extender la mentalidad optimista del pescador de caña a todos los órdenes de nuestra vida.

Y a fin de no terminar este desordenado "super flumina" en tono tan jeremiaco, invoquemos los manes del Olimpo griego:

"Entonces el divino Enipeo bajará como en la Odisea a la orilla de nuestros ríos, que son los lugares más bellos del Orbe. Y todos, como en la leyenda de Sadko, recogemos tesoros espirituales inmensos".

20-V-1949.

